

¡Llama a la comadrona!

Una historia verdadera en el Londres
de los años cincuenta

Jennifer Worth

Traducción de
Rita da Costa

Lumen

narrativa

© Random House Mondadori
www.megustaleer.com

Título original: *Call the Midwife*

Primera edición: octubre de 2012

© 2002, Jennifer Worth

© 2012, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Rita da Costa García, por la traducción

La traductora da las gracias a Mireia Marcos, comadrona, por su ayuda y asesoramiento

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-264-2121-0

Depósito legal: B-20.861-2012

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Egedsa

c/ Rois de Corella, 12-16, nave 1

08205 Sabadell

Encuadernado en Encuadernaciones Bronco

H 4 2 1 2 1 0

Introducción

San Ramón Nonato se alzaba en el corazón de la zona portuaria londinense. Su área de influencia abarcaba los distritos de Stepney, Limehouse, Millwall, Isle of Dogs, Cubitt Town, Poplar, Bow, Mile End y Whitechapel. Se trataba de una zona densamente poblada, la mayor parte de las familias residían allí desde hacía varias generaciones y a menudo no se alejaban más que una o dos calles del inmueble en el que habían nacido. La vida familiar se desarrollaba en espacios reducidos, y los niños crecían bajo los cuidados de una nutrida parentela de tías, abuelos, primos y hermanos mayores que vivían todos ellos a unas pocas casas —a lo sumo, calles— de distancia. Los niños entraban y salían corriendo a todas horas de las casas de unos y otros, y durante el tiempo en que viví y trabajé allí no recuerdo haber visto una puerta cerrada con llave, a no ser por la noche.

Los niños eran omnipresentes, y las calles su patio de recreo. En los años cincuenta no había automóviles en los barrios pobres, pues nadie tenía vehículo propio, por lo que podían jugar en la calle sin temor. Las vías principales, sobre todo las que conducían a los muelles, bullían de tráfico industrial y pesado, pero en las callejuelas adyacentes no circulaban los coches.

Los solares devastados por las bombas eran un escenario habitual de las aventuras infantiles. Los había en gran número, terribles recordatorios de la guerra y el intenso bombardeo que había castigado la zona portuaria solo diez años antes. Las bombas habían amputado las hileras de casas adosadas, y cada una de aquellas brechas podía llegar a abarcar dos o tres calles. Eran zonas valladas con toscos tablonces que apenas si ocultaban un erial de escombros en el que asomaban los edificios en ruinas, medio en pie, medio caídos. Quizá hubiese un cartel con la advertencia «Peligro. No entren» clavado en algún sitio, pero para cualquier muchacho espabilado de seis o siete años eso era tanto como agitar un pañuelo rojo delante de un toro, y cada uno de aquellos solares arrasados por las bombas tenía una entrada secreta en la que los tablonces se habían retirado con sumo cuidado, de modo que solo un cuerpo menudo pudiera pasar encogido por el hueco resultante. Oficialmente nadie podía entrar allí, pero todo el mundo hacía la vista gorda, incluida la policía.

Se trataba de una zona peligrosa, sin lugar a dudas. Los heridos por arma blanca eran habituales, al igual que las reyertas en plena calle. Las peleas en los pubs eran el pan nuestro de cada día, en las pequeñas y hacinadas viviendas la violencia doméstica era moneda corriente. Pero nunca supe de nadie que ejerciera una violencia gratuita contra los niños o los ancianos; había cierto respeto por los débiles. Eran los tiempos de los hermanos Kray, las escaramuzas entre bandas de criminales, el ojo por ojo, el crimen organizado y la rivalidad a muerte. Los policías estaban por todas partes, y nunca patrullaban las calles a solas. Sin embargo, nunca oí hablar de ninguna anciana a la que hubiesen arrojado al suelo para robarle la pensión, ni de ningún niño secuestrado y asesinado.

La inmensa mayoría de los hombres que vivían en la zona trabajaba en los muelles.

Había mucho trabajo, los salarios eran ínfimos y las jornadas laborales largas. Los trabajadores más cualificados, que disfrutaban de un sueldo relativamente alto y un horario regulado, defendían sus puestos con uñas y dientes. Por lo general, el oficio era cosa de familia, y pasaba de padres a hijos o sobrinos. Sin embargo, para los obreros que trabajaban a jornal, la vida debía de ser un infierno. Cuando no había embarcaciones que estibar no había trabajo, por lo que los hombres se quedaban merodeando todo el día junto a la verja de los muelles, fumando y buscando pelea. Y cuando sí había un barco que descargar, se traducían en catorce o quizá dieciocho horas seguidas de extenuante trabajo físico. La estiba empezaba a las cinco de la mañana y acababa hacia las diez de la noche. No es de extrañar que, al finalizar la jornada, los hombres se precipitaran a los pubs y bebieran hasta caer borrachos. Los muchachos empezaban a trabajar en los muelles a los quince años, y se esperaba de ellos que rindieran igual que cualquier hombre hecho y derecho. Todos los estibadores debían pertenecer a alguno de los sindicatos existentes, que luchaban por fijar unas tarifas justas y unas jornadas razonables, pero cuyos esfuerzos se veían minados por el propio sistema de contratación de trabajadores sindicados, que parecía causar tantos problemas y resentimiento entre los obreros como beneficios se le atribuían. No obstante, sin los sindicatos, no hay duda de que los trabajadores habrían seguido tan explotados en 1950 como lo habían estado un siglo antes.

Por lo general, las parejas se casaban jóvenes. Entre los respetables ciudadanos del East End imperaba una moral estricta, raya-

na en la mojigatería, en lo tocante a la sexualidad. Las parejas al margen del matrimonio eran una rareza de la que apenas había noticia, y a ninguna chica se le ocurriría irse a vivir con su novio sin haber pasado antes por la vicaría. Si alguna lo intentaba, sabía que su familia le haría la vida imposible. Nadie hablaba de lo que sucedía en los solares arrasados por las bombas, o tras los cobertizos de la basura. Si una muchacha se quedaba encinta, la presión sobre el joven para que la desposara era tan fuerte que pocos se resistían. Las familias eran numerosas, a menudo numerosísimas; y el divorcio, algo insólito. Las riñas familiares intensas y violentas eran habituales, pero por lo general marido y mujer permanecían juntos.

Pocas mujeres trabajaban fuera de casa. Las jóvenes sí lo hacían, por descontado, pero estaba mal visto que siguieran trabajando una vez casadas. Y, en cuanto empezaban a tener hijos, les era literalmente imposible hacerlo. Su destino a partir de entonces consistía en dedicarse de por vida a criar a los niños, limpiar, hacer la colada, comprar y cocinar. A menudo me preguntaba cómo se las arreglaban aquellas mujeres con una prole de hasta trece o catorce niños, hacinados en una pequeña vivienda de no más de dos o tres habitaciones. Algunas familias de esas dimensiones vivían en las llamadas casas de vecindad, que a menudo solo disponían de dos habitaciones y una diminuta cocina.

Los métodos anticonceptivos, si es que se empleaban, resultaban poco fiables. Era algo que quedaba en manos de las mujeres, que mantenían interminables debates sobre los días seguros, las plantas abortivas, ginebra y jengibre, lavados con agua caliente y muchos otros, pero pocas acudían a una consulta de planificación

familiar y, por lo que sé, la mayoría de los hombres se negaba en redondo a usar preservativo.

Lavar la ropa, tenderla y plancharla ocupaba la mayor parte de la jornada laboral de cualquier mujer. Las lavadoras eran algo prácticamente desconocido y las secadoras aún no se habían inventado. Los patios en los que se tendía la colada siempre estaban festoneados de prendas colgadas, y a menudo las comadronas teníamos que abrirnos paso entre un mar de ropa que ondeaba al viento para llegar hasta nuestros pacientes. Una vez dentro de la casa o del piso, había que seguir agachándose y sorteando las prendas colgadas en el pasillo, la escalera, la cocina, la sala de estar y la habitación. Las primeras lavanderías no aparecerían hasta los años sesenta, por lo que toda la colada se tenía que hacer a mano y en casa.

En los años cincuenta, la mayor parte de los hogares disponía de agua fría corriente y un inodoro con cisterna instalado en el patio. Algunos hasta disponían de un cuarto de baño. No era así en las casas de vecindad, sin embargo, y los baños públicos seguían gozando de una gran popularidad. Una vez a la semana, los chicos se veían arrastrados hasta allí por sus resueltas madres entre quejas y protestas. Los hombres, seguramente por orden de las mujeres, se sometían a las mismas abluciones semanales. Los veía pasar camino de los baños un sábado por la tarde con una pequeña toalla, una pastilla de jabón y cara de pocos amigos, resultado de la refriega semanal que una vez más habían librado y perdido.

En la mayoría de las casas había un aparato de radio, pero durante mi estancia en el East End no vi una sola televisión, lo que bien pudo haber contribuido a la elevada tasa de natalidad local. Los pubs, los clubes masculinos, los bailes, el cine, las salas de

conciertos y los canódromos eran los principales escenarios del ocio. Curiosamente, para los jóvenes la iglesia era a menudo el epicentro de la vida social, y cada templo acogía una serie de clubes juveniles y organizaba actividades de signo diverso todas las noches de la semana. La iglesia de All Saints, un inmenso templo de estilo victoriano situado en East India Dock Road, reunía a cientos de adolescentes en su club juvenil, dirigido por el párroco y nada menos que siete jóvenes y enérgicos coadjutores. Necesitaban toda su juventud y energía para organizar, noche tras noche, actividades para quinientos o seiscientos jóvenes.

Los miles de marineros de todas las nacionalidades que llegaban a los muelles no parecían alterar demasiado la vida de quienes vivían allí. «Nosotros, con los nuestros», decían los lugareños, lo que significaba que no mantenían ningún contacto con los forasteros. Las muchachas eran objeto de especial protección. Había numerosos burdeles para atender las necesidades de los marineros. Tuve ocasión de visitar dos o tres establecimientos de esa clase en el desempeño de mis funciones, y se me antojaron lugares espeznantes.

Yo veía a las prostitutas ofreciendo sus servicios en las calles principales, pero jamás en las calles secundarias, y ni siquiera en la Isla de los Perros, que era donde desembarcaban los hombres del mar. Las profesionales con experiencia jamás perderían el tiempo en una zona tan poco prometedora, y si alguna aficionada entusiasta hubiese tenido el descaro de intentarlo, los vecinos del barrio, hombres y mujeres por igual, no hubiesen tardado en echarla sin la menor contemplación, seguramente haciendo uso de la violencia. Los burdeles eran bien conocidos, y nunca les faltaban clientes. Eran ilegales, claro está, y de tarde en tarde la policía

hacía redadas, lo que no parecía afectar al negocio. De lo que no hay duda es de que su existencia mantenía las calles limpias.

La vida ha cambiado de manera irreversible en los últimos cincuenta años. Mis recuerdos de la zona portuaria no guardan el menor parecido con la realidad actual. La convivencia familiar y social se ha perdido por completo, y la coincidencia de tres factores a lo largo de una misma década determinó el fin de siglos de tradición: el cierre de los muelles, la evacuación de las viviendas insalubres y la comercialización de la píldora anticonceptiva.

El desalojo de las viviendas insalubres empezó a finales de los años cincuenta, mientras yo aún trabajaba en la zona. Sin duda dejaban mucho que desear, pero eran los hogares de mucha gente que les tenía gran aprecio. Recuerdo a incontables personas, jóvenes y ancianas, hombres y mujeres, sosteniendo una carta del ayuntamiento en la que se les informaba de que sus casas o pisos serían demolidos, y ellos realojados. En su mayoría, lloraban amargamente. No conocían otro mundo, y un traslado de seis kilómetros era para ellos como partir hacia los confines de la tierra. Los realojamientos desmembraron a las grandes familias, algo que perjudicó sobre todo a los niños. El cambio también mató literalmente a muchos ancianos que no lograron adaptarse a la nueva realidad. ¿Qué sentido tiene vivir en un flamante piso nuevo con calefacción central y cuarto de baño si no puedes ver a tus nietos, no tienes a nadie con quien hablar y tu pub de toda la vida, que servía la mejor cerveza de Londres, queda ahora a seis kilómetros de distancia?

La píldora empezó a comercializarse a principios de los años sesenta, y con ella nació la mujer moderna. Las mujeres ya no tenían por qué seguir atadas al interminable ciclo de la reproduc-

ción, sino que eran libres de ser ellas mismas. Con la píldora llegó lo que se ha dado en llamar la revolución sexual. Por primera vez en la historia, las mujeres podían actuar como los hombres y disfrutar del sexo por el sexo. A finales de los años cincuenta asistíamos entre ochenta y cien partos por mes. En 1963, esa cifra se había reducido a cuatro o cinco al mes. ¡Eso sí que es un cambio social!

El cierre de los muelles se produjo de forma gradual a lo largo de unos quince años, pero hacia 1980 los barcos mercantes ya no fondeaban en el puerto. Los hombres se aferraban a sus puestos, los sindicatos intentaban defenderlos, y hubo numerosas huelgas de estibadores durante los años setenta, pero los muelles tenían los días contados. De hecho, las huelgas, lejos de proteger los puestos de trabajo, no hicieron más que precipitar la situación. Para los hombres de la zona, los muelles eran más que un trabajo, más incluso que un modo de vida —eran, en realidad, la vida misma—, y todo su mundo se vino abajo. Los puertos, que durante siglos habían sido las principales arterias de Inglaterra, ya no eran necesarios, ni tampoco los hombres que trabajaban en ellos. Aquello fue el final de la zona portuaria tal como yo la conocí.

En la época victoriana, las reformas sociales sacudieron el país. Por primera vez en la historia, varias voces se alzaron contra injusticias que nadie hasta entonces se había atrevido a denunciar, lo que agitó la conciencia colectiva. Entre dichas reformas, la necesidad de dotar a los hospitales de buenos cuidados de enfermería despertó el interés de numerosas mujeres cultivadas y con visión de futuro. La enfermería y la partería se encontraban en un estado deplorable. Ni la una ni la otra se consideraban ocupaciones res-

petables para una mujer con estudios, por lo que las analfabetas habían ido ocupando las vacantes. Los personajes caricaturescos de Sairey Gamp y Betsy Prig —ignorantes, sucias, aficionadas a la ginebra— creados por Charles Dickens pueden parecernos hoy hilarantes, pero no nos habrían hecho ni pizca de gracia si nos hubiésemos visto obligadas a poner nuestras vidas en sus manos por el hecho de ser pobres.

Florence Nightingale es la más célebre de nuestras enfermeras, y su dinamismo y dotes de organización cambiaron para siempre la práctica de la enfermería. Pero no estaba sola, y en la historia de la profesión han sido muchos los grupos de mujeres abnegadas que dedicaron sus vidas a mejorar la práctica de la enfermería. Uno de esos grupos era el de las comadronas de San Ramón Nonato,* una orden religiosa de monjas anglicanas consagradas a mejorar las condiciones en las que daban a luz las mujeres sin recursos. Fundaron residencias para comadronas en el East End londinense y en muchas de las zonas más desfavorecidas de las grandes ciudades industriales de Gran Bretaña.

En el siglo XIX (y antes, por supuesto) ninguna mujer de condición humilde podía permitirse desembolsar la cantidad que cobraban los médicos por asistir un parto, por lo que se veían obligadas a contratar los servicios de una partera sin formación específica, autodidacta, también conocida como «comadre». Es posible que algunas de aquellas mujeres fueran buenas conocedo-

* San Ramón Nonato es un nombre ficticio, tomado del santo patrón de las comadronas, los obstetras, las embarazadas, parturientas y los recién nacidos. San Ramón Nonato (literalmente «no nacido» en latín) vino al mundo por cesárea en 1204, en Cataluña, y su madre murió en el parto, lo que sucedía a menudo en aquella época. San Ramón se hizo sacerdote y murió en 1240.

ras de su oficio, pero otras tenían unos índices de mortalidad escalofriantes. A mediados del siglo XIX, la tasa de mortalidad materna entre las clases más desfavorecidas oscilaba entre el treinta y cinco y el cuarenta por ciento, mientras que la de mortalidad infantil rondaba el sesenta por ciento. Cualquier complicación médica, ya se tratara de una eclampsia, una hemorragia o una presentación anómala, se traducían inevitablemente en la muerte de la parturienta. A veces, ante el menor contratiempo, las comadres abandonaban a su paciente, que agonizaba hasta morir. Sus prácticas eran sin duda insalubres, y eso en el mejor de los casos, por lo que propagaban las infecciones, las enfermedades y a menudo también la muerte.

No solo no recibían formación alguna, sino que además no había ningún control del número de comadres existentes ni de la actividad que llevaban a cabo. Las comadronas de la orden de San Ramón Nonato comprendieron que la respuesta a esta lacra social pasaba por la adecuada formación de comadronas y el control de su trabajo mediante la legislación.

Estas monjas incansables y quienes las apoyaban se toparon con una resistencia contumaz precisamente en su lucha por regular la práctica de la partería. A partir de 1870 libraron una batalla sin cuartel. Las tildaron de «absurdas», de «extravagantes», les reprocharon «malgastar el tiempo ajeno» y ser un «grupo de insufribles entrometidas». Las acusaron de todo, desde perversidad a una desmedida ambición de lucro. Pero las monjas de San Ramón Nonato no se arredraron ante los ataques de que eran objeto.

La lucha prosiguió a lo largo de treinta años, y finalmente en 1902 se aprobó la primera Ley de las Comadronas y nació la Real Escuela de Comadronas.

El trabajo de las comadronas de San Ramón Nonato se basaba en el pilar de la disciplina religiosa. No me cabe duda de que esto resultaba necesario entonces, pues las condiciones de trabajo eran tan terribles, y el trabajo tan arduo, que solo quienes hubiesen sentido la llamada de Dios querrían asumirlo. Florence Nightingale dijo que cuando tenía poco más de veinte años tuvo una visión de Jesús, y que este le dijo que debía consagrarle su vida.

Las comadronas de San Ramón Nonato trabajaban en las barriadas de la zona portuaria de Londres, entre gentes de pobreza extrema, y a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX eran las únicas comadronas dignas de confianza de toda la zona. Trabajaron incansablemente entre epidemias de cólera, fiebre tifoidea, polio y tuberculosis. Durante la primera mitad del siglo XX siguieron desempeñando su labor entre dos guerras mundiales. En los años cuarenta permanecieron en Londres incluso durante los bombardeos alemanes, que castigaron duramente la zona portuaria. Trajeron niños al mundo en refugios antiaéreos, criptas de iglesias y estaciones del metro. Así era el trabajo infatigable, altruista, al que habían consagrado sus vidas, y eran conocidas, respetadas y admiradas en toda la zona portuaria por quienes allí vivían. Todos hablaban de ellas con sincero afecto.

Así eran las comadronas de San Ramón Nonato cuando las conocí: una orden de monjas plenamente entregadas a Dios y obligadas por los votos de pobreza, castidad y obediencia, pero también enfermeras cualificadas y comadronas, circunstancia que me llevó a unirme a ellas. No lo esperaba, pero aquella resultó ser la experiencia más importante de mi vida.

¡Llama a la comadrona!

¿Por qué me he metido en esto? ¿Debo de estar loca! Podría haber sido cualquier otra cosa: modelo, azafata, camarera de barco. En mi mente se suceden las imágenes de profesiones bien remuneradas, rebosantes de glamour. Solo una imbécil decidiría hacerse enfermera. Y ahora comadrona...

¡Las dos y media de la madrugada! Medio dormida aún, me las arreglo para ponerme el uniforme. Solo tres horas de sueño tras una jornada laboral de diecisiete horas. ¿Quién trabajaría en semejantes condiciones? Fuera llueve y hace un frío glacial. La casa también está helada, y el cobertizo de las bicicletas más aún. En la oscuridad, tropiezo con una bicicleta y me golpeo el mentón. A tientas, guiada por la costumbre, coloco el maletín en la bicicleta y la saco a la calle desierta.

Doblo la esquina, enfilo Leyland Street, cruzo East India Dock Road y avanzo rumbo a la Isla de los Perros. La lluvia me ha despejado, y el pedaleo constante me va serenando. ¿Por qué me habré metido a enfermera? Mis pensamientos se remontan a cinco o seis años atrás. Por descontado, no había sentido en ningún momento la llamada de la vocación, el ardiente deseo de curar a los enfermos que supuestamente sienten las enfermeras. ¿Y qué fue,

entonces? Un desengaño amoroso, sin duda, la necesidad de alejarme, un desafío, el uniforme sexy con los puños vueltos y el cuello almidonado, la cintura ceñida y la cofia, tan coqueta. ¿Eran razones suficientes? No sabría decirlo. En cuanto al uniforme sexy, es para morirse de risa, pienso mientras pedaleo bajo la lluvia con mi gabardina azul marino y la cofia calada casi hasta los ojos. De lo más sexy, desde luego.

Cruzo el primer puente giratorio que cierra el paso a los diques secos. A lo largo de todo el día bullen de ruido y vida, mientras las cargas entran y salen de los grandes barcos de la mano de miles de hombres: estibadores, cargadores, conductores, prácticos, marineros, operarios, gruistas, todos inmersos en un incesante ajeteo. Ahora en los muelles reina el silencio, roto tan solo por el chapaleo del agua. La oscuridad es impenetrable.

Dejo atrás las casas de vecindad en las que duermen miles de personas, seguramente cuatro o cinco en una misma cama, en sus diminutos pisos de dos habitaciones. Dos habitaciones para una familia de diez o doce niños. ¿Cómo se las arreglan?

Sigo pedaleando, decidida a llegar hasta mi paciente. Un par de policías me saludan con la mano y me dan los buenos días; el contacto con otros seres humanos me anima muchísimo. Las enfermeras y los policías siempre se han entendido muy bien, sobre todo en el East End. Es curioso, reflexiono, que siempre vayan en parejas para protegerse mutuamente. Nunca se ve a un policía solo. Sin embargo, nosotras, las enfermeras y las comadronas, siempre vamos solas a todas partes, ya sea a pie o en bicicleta. Pese a ello, nadie osaría ponernos un dedo encima. Tan profundo es el respeto, la veneración incluso, que profesan hasta los más rudos estibadores por las comadronas del distrito que

podemos ir donde nos plazca, ya sea de día o de noche, sin temor alguno.

Ante mí se extiende la carretera oscura, sin alumbrar, que bordea la isla. Su trazado es continuo, pero se ramifica en varias callejuelas estrechas que se cruzan entre sí, y en cada una de ellas se suceden miles de casas adosadas. La carretera tiene un atractivo romántico porque el fluir del río siempre está presente.

No tardo en enfilear West Ferry Road para adentrarme en las calles secundarias. Enseguida veo la casa de mi paciente, la única que tiene una luz encendida.

Al parecer, me espera una comisión femenina de bienvenida: la madre de la paciente, su abuela (¿o eran ambas abuelas?), dos o tres tías, varias hermanas, sus mejores amigas, una vecina. «Bueno —pienso—, por lo menos esta vez no se ha presentado la señora Jenkins.»

Acechando en un segundo plano, excluido de tan poderosa hermandad, veo a un hombre solitario, el origen de todo el alboroto. Los hombres siempre me inspiran lástima en estos trances. Parecen quedar tan al margen...

El ruido y el parloteo de las mujeres me envuelve como una manta.

—Hola, tesoro, ¿cómo estás? Hay que ver qué rápido has venido.

—Te guardaré la gabardina y la cofia.

—Menuda novecita. Pasa dentro, estarás helada.

—¿Te apetece una taza de té? Eso te hará entrar en calor, ¿a que sí, tesoro?

—Muriel sigue arriba, donde la has dejado. Tiene dolores cada cinco minutos, más o menos. Ha estado durmiendo desde que te

fuiste, justo antes de la medianoche. Luego se ha despertado, a eso de las dos de la madrugada, y entonces los dolores se han hecho más fuertes y seguidos, así que hemos pensado que lo mejor sería llamarte, ¿verdad, mamá?

Mamá asiente y se adelanta con aire expeditivo.

—Hemos puesto a calentar agua y tenemos lista una buena pila de toallas limpias. También hemos encendido el fuego, para que la casa esté caldeada cuando llegue el bebé.

Nunca he sido muy habladora, y por suerte no tengo que darles conversación. Les doy la gabardina y la cofia pero rechazo amablemente el té, pues la experiencia me ha enseñado que, por lo general, el té de Poplar es repugnante: fuerte como la sosa cáustica, reconcentrado tras hervir durante horas y empalagoso de leche condensada.

Me alegro de haber afeitado a Muriel antes, cuando tenía luz suficiente para hacerlo sin arriesgarme a cortarla. También aproveché la ocasión para ponerle el enema de rigor. Es algo que detesto hacer, así que me alegro de haberlo dejado atrás. ¡Cualquiera pone un litro de enema de jabón y agua a las dos y media de la mañana, con el olor y la suciedad resultantes, y menos sabiendo que no hay ningún retrete en la casa!

Subo a la habitación de Muriel, una joven de busto prominente que, a sus veinticinco años, se dispone a dar a luz por cuarta vez. La lámpara de gas baña la habitación con su suave y cálido resplandor. El fuego arde con fuerza y el calor es casi sofocante. Un rápido vistazo me dice que Muriel está a punto de entrar en la segunda fase del parto: el sudor, la respiración algo agitada, la curiosa expresión de ensimismamiento que las mujeres adoptan en tales momentos, mientras concentran hasta la última pizca de

energía física y mental en su propio cuerpo y en el milagro que están a punto de obrar. No dice nada, se limita a apretarme la mano y a sonreír con aire absorto. La dejé hace tres horas, en la primera fase del parto. Llevaba todo el día con falsas contracciones y estaba muy cansada, así que hacia las diez de la noche le di hidrato de cloral con la esperanza de que durmiera toda la noche de un tirón y se despertara repuesta al día siguiente. Pero no ha sido así. ¿Hay algún parto que salga como uno desea?

Debo comprobar cuánto ha dilatado, así que me dispongo a hacerle un tacto vaginal. Mientras me lavo las manos, Muriel tiene otra contracción. Se ve cómo el dolor va en aumento hasta que su pobre cuerpo parece estar a punto de partirse en dos. Se ha calculado que, en el momento álgido del parto, cada contracción uterina ejerce la misma presión que las puertas de un vagón del metro al cerrarse. No me cabe duda de que así es mientras veo a Muriel de parto. Su madre y su hermana se han sentado junto a ella. Se aferra a ambas, muda de dolor, conteniendo la respiración, y se le escapa un gemido que le sale de las entrañas hasta que el dolor cesa, y entonces se deja caer hacia atrás, exhausta, para reunir fuerzas mientras espera la siguiente contracción.

Me pongo los guantes y me lubrico la mano. Le pido a Muriel que flexione las rodillas hacia arriba, pues quiero examinarla. Sabe exactamente qué voy a hacer, y por qué. Pongo una sábana esterilizada debajo de sus nalgas e introduzco dos dedos en su vagina. La cabeza bien encajada, presentación anterior, el cérvix se ha borrado casi del todo, pero al parecer aún no ha roto aguas. Ausculto el latido fetal, que se mantiene en ciento treinta por minuto. Estupendo. No necesito saber nada más. Le digo que todo va bien, y que ya no le queda mucho. Entonces tiene otra contracción, y

todas las palabras y gestos quedan suspendidos ante la tremenda intensidad del trabajo de parto.

Tengo que preparar la bandeja de instrumentos. Me han despejado la cómoda para que pueda usarla como superficie de trabajo. Coloco las tijeras, las pinzas quirúrgicas, la cinta umbilical, el estetoscopio fetal, las bateas, la gasa y las bolas de algodón, las pinzas vasculares. No hace falta gran cosa, y en todo caso debe ser fácil de transportar, tanto en la bicicleta como al subir y bajar las infinitas escaleras y galerías de las casas de vecindad.

La cama estaba preparada de antemano. Nosotras entregamos a la familia un paquete con todo lo necesario, que el marido se encargó de recoger una semana o dos antes del parto. Dicho paquete contiene compresas de algodón —«borreguillos», las llamamos—, grandes empapadores desechables y papel de estraza encerrado. Este último puede parecer obsoleto, pero es sumamente eficaz. Con él cubrimos toda la cama, de modo que los empapadores y las sábanas se pueden extender encima y, tras el parto, se recoge todo en un fardo y se quema.

La cuna está lista. También hay una palangana de buen tamaño, y abajo han puesto litros y más litros de agua al fuego. En la casa no hay agua corriente y me pregunto cómo se las arreglaban cuando no había agua en absoluto. Debía de llevarles toda la noche salir a por agua y ponerla a hervir. ¿Dónde? En una cocina económica que había que alimentar sin cesar, con carbón si podían permitirselo, o, en caso contrario, con los pedazos de madera que el mar arrastraba hasta la playa.

Pero no tengo demasiado tiempo para sentarme a reflexionar. A menudo, en un parto, hay que esperar toda la noche, pero algo me dice que este será distinto. La creciente intensidad y frecuen-

cia de los dolores, unida al hecho de que se trata del cuarto parto, indican que la segunda fase no queda lejos. Ahora las contracciones vienen cada tres minutos. ¿Cuánto tiempo más podrá soportar Muriel, cuánto puede soportar cualquier mujer? De pronto la bolsa revienta y el agua inunda la cama. Me gusta que haya ocurrido ahora; no puedo evitar ponerme un poco aprensiva si las parturientas rompen aguas pronto. Después de la contracción, la madre de Muriel y yo cambiamos las sábanas empapadas lo más deprisa posible. Llegados a este punto ella no puede levantarse, por lo que debemos hacerla rodar en la cama. Con la siguiente contracción veo asomar la cabeza del bebé. Ahora hay que concentrarse al máximo.

Obedeciendo a un instinto animal, Muriel empieza a empujar. Si todo va bien, una múltipara puede expulsar la cabeza del bebé en cuestión de segundos, pero no conviene que eso ocurra. Toda buena comadrona procura que la cabeza salga a un ritmo lento y regular.

—Muriel, cuando pase esta contracción quiero que te pongas sobre tu costado izquierdo. Intenta no empujar mientras estás tumbada de espaldas. Eso es, date la vuelta, cariño, ponte de cara a la pared. Ahora levanta la pierna derecha y acércala a la barbilla. Respira hondo, sigue respirando así. Tú solo concéntrate en respirar hondo. Tu hermana te ayudará.

Me inclino sobre la cama, que se hunde bajo mi peso. «Todas las camas de por aquí parecen hundirse en el centro», pienso. A veces tengo que ponerme de rodillas para coger al recién nacido. Pero ahora no hay tiempo para divagaciones, llega otra contracción.

—Respira hondo, empuja un poco; no muy fuerte. —La con-

tracción pasa y vuelvo a auscultar el latido fetal; ciento cuarenta, esta vez. Sigue siendo normal, pero el ritmo cardíaco acelerado demuestra cuánto sufre el bebé en la prueba de fuego del parto. Otra contracción—. Empuja un poquito, Muriel, no muy fuerte, tu bebé ya no tardará en nacer.

Muriel está desesperada de dolor, pero justo antes del momento de la expulsión una especie de desmedida euforia se adueña de las mujeres, y parecen olvidar su propio sufrimiento. Otra contracción. La cabeza asoma deprisa, demasiado deprisa.

—No empujes, Muriel, jadea: inspira, espira. Venga, sigue jadeando.

Freno la cabeza del bebé para evitar que salga de golpe y desgarre el perineo.

Es muy importante conseguir que la cabeza asome entre contracciones, y mientras la sujeto me doy cuenta de que estoy sudando a causa del esfuerzo, la concentración, el calor y la intensidad del momento.

La contracción pasa y me relajo un poco. Vuelvo a auscultar el latido fetal, que sigue dentro de la normalidad. La expulsión es ahora inminente. Apoyo el pulpejo de la mano derecha detrás del ano dilatado de Muriel y empujo hacia delante de un modo firme y regular hasta que la coronilla vuelve a introducirse en la vulva.

—Muriel, con la siguiente contracción saldrá la cabeza. No quiero que empujes ni un poquito. Deja que trabajen los músculos de tu estómago. Lo único que tienes que hacer es intentar relajarte y jadear como si te fuera la vida en ello.

Me preparo para la siguiente contracción, que llega con sorprendente rapidez. Muriel jadea sin parar. Distiendo el perineo

alrededor de la coronilla en el momento en que esta asoma, y sale la cabeza.

Todas suspiramos de alivio. Muriel está débil a causa del esfuerzo.

—Muy bien, Muriel, lo estás haciendo de maravilla, ya no queda mucho. Con la siguiente contracción sabremos si es niño o niña.

La cara del bebé está azul y arrugada, cubierta de mucosidad y sangre. Compruebo el latido cardíaco. Sigue normal. Observo cómo la cabeza gira un octavo de círculo. El hombro anterior puede ahora liberarse del arco subpúbico.

Otra contracción.

—Ahora sí, Muriel, ahora puedes empujar con todas tus fuerzas.

Libero el hombro anterior con un movimiento amplio hacia delante y hacia arriba. El hombro y el brazo posteriores salen también, y luego todo el cuerpo del bebé se desliza hacia fuera sin esfuerzo.

—¡Es otro niño! —exclama la madre—. ¡Gracias a Dios! ¿Está sano, enfermera?

Muriel llora de alegría.

—Ay, bendito sea. Trae, deja que lo mire. Oh, pero si es una preciosidad.

Estoy casi tan abrumada como Muriel. No hay nada tan poderoso como el alivio que produce un buen parto. Pinzo el cordón umbilical en dos puntos, y lo corto entre ambos. Sostengo al bebé por los tobillos, boca abajo, para asegurarme de que no aspira mucosidad.

Respira por sí mismo. El bebé es ahora un ser independiente.

Lo envuelvo en las toallas que me han dado y se lo doy a Mu-riel, que lo acuna entre sus brazos, le arrulla, lo besa, le dice «qué precioso eres, mi tesoro, mi ángel». La verdad, un recién nacido cubierto de sangre, ligeramente azul todavía, con los ojos achina-dos, en los primeros minutos tras el parto, no es lo que se dice una hermosura. Pero la madre nunca lo ve de ese modo. Para ella, es la viva imagen de la perfección.

Sin embargo, mi trabajo no ha terminado. Aún queda alum-brar la placenta, y debe salir entera, sin ningún desgarro, ningún pedazo que pueda quedar atrapado dentro del útero. Si eso ocu-rre, la vida de la mujer corre peligro, pues hay riesgo de infección, sangrado persistente, quizá incluso una hemorragia masiva que podría tener un desenlace fatal. Lograr que la placenta salga intac-ta y de una pieza es tal vez la parte más delicada de cualquier parto.

A menudo, los músculos uterinos, tras culminar la hazaña de alumbrar al bebé, parecen querer tomarse un descanso. Con fre-cuencia, las contracciones se detienen durante diez o quince mi-nutos, lo que es de agradecer para la madre, que solo quiere recos-tarse con su bebé entre los brazos, ajena a todo lo que pasa más abajo, pero para la comadrona este puede convertirse en un mo-mento de gran ansiedad. Cuando las contracciones se reanudan, a menudo son demasiado débiles. El correcto alumbramiento de la placenta depende por lo general de un minucioso control del tiempo, del buen juicio de la comadrona y, por encima de todo, de su experiencia.

Dicen que hacen falta siete años de práctica para lograr una buena comadrona. Yo no llevaba ni un año, y estaba sola a media noche con aquella mujer y su familia, que habían depositado su

confianza en mí, y sin un solo teléfono cerca. «Señor, te lo ruego, no dejes que me equivoque», supliqué para mis adentros.

Tras retirar los empapadores sucios, ayudo a Muriel a tumbarse de espaldas sobre compresas absorbentes tibias y secas, y la cubro con una manta. El pulso y la presión arterial de la madre son normales, y el bebé está tranquilo en sus brazos. Lo único que tengo que hacer es esperar.

Me siento en una silla junto a la cama, con la mano en el fondo uterino para poder notar y valorar cualquier cambio. Cavilo sobre la importancia de la paciencia, y las graves consecuencias que puede acarrear el deseo de acelerar las cosas. El fondo uterino está blando y ancho al tacto, lo que indica que la placenta sigue adherida al segmento uterino superior. En los siguientes diez minutos no se produce una sola contracción. El cordón sobresale de la vagina, y yo acostumbro a pinzarlo justo por debajo de la vulva para poder ver cuando se alarga, señal de que la placenta se está desprendiendo y bajando hacia la parte inferior de la cavidad uterina. Pero nada ocurre. Se me pasa por la mente que cuando un taxista o un conductor de autobús se convierte en noticia por haber asistido un parto con éxito, nunca se menciona este pormenor. Cualquiera puede ayudar a nacer a un bebé en caso de emergencia, pero ¿quién tendría la menor idea de cómo enfrentarse a la tercera etapa del parto? Supongo que la mayor parte de los legos en la materia se sentirían tentados de estirar del cordón creyendo que así ayudarían a expulsar la placenta, cuando en realidad podrían causar un problema de consecuencias nefastas.

Muriel le susurra a su bebé y lo besa mientras su madre recoge la habitación. El fuego sigue crepitando. Yo permanezco sentada en silencio, reflexionando.

¿Por qué no gozan las comadronas del protagonismo social que merecen? ¿Por qué pasan tan inadvertidas? Deberían ser objeto de grandes alabanzas por parte de todos, pero no es así. La responsabilidad que asumen es inconmensurable, sus conocimientos y pericia no tienen parangón, y sin embargo nadie las valora en su justa medida, y por lo general se desdeña su labor.

En los años cincuenta, las comadronas impartían clases a todos los estudiantes de medicina. Había, claro está, un obstetra que les enseñaba el contenido teórico, pero sin la práctica clínica de nada sirve la teoría. Así pues, en los hospitales universitarios cada estudiante de medicina se asignaba a una comadrona que desempeñaba el papel de tutora, y este la acompañaba a su distrito para aprender los aspectos prácticos de la atención al parto. Todos los médicos de cabecera habían recibido formación por parte de una comadrona, aunque ese detalle apenas trascendía.

Una nueva contracción tensa la musculatura, haciendo que el fondo uterino se endurezca y se eleve un poco en la zona abdominal. Tal vez haya llegado la hora, pienso. Pero no. No me gusta lo que palpo. El útero está demasiado blando tras la contracción.

Sigo esperando.

Pienso en los increíbles avances que ha experimentado la práctica de la partería a lo largo del siglo, en lo mucho que luchó un grupo de mujeres dedicadas en cuerpo y alma a su labor para recibir una formación adecuada y poder formar a otras. Hace menos de cincuenta años que existe una titulación oficial. Mi madre y todas sus hermanas nacieron al cuidado de una mujer sin formación alguna, por lo general llamada «comadre». En ningún caso había un médico presente, según me han contado.

Llega otra contracción. El fondo uterino se eleva bajo mi mano y permanece tenso. Al mismo tiempo, las pinzas que había puesto en el cordón se mueven un poco. Las examino. Sí, otros diez o doce centímetros de cordón se deslizan hacia fuera. La placenta se ha desprendido.

Le pido a Muriel que le dé el bebé a su madre. Sabe qué voy a hacer. Le masajeo el fondo uterino con la mano hasta que noto una masa dura, redonda y móvil. Entonces la aprisiono con firmeza y la empujo hacia abajo y hacia dentro para introducirla en la pelvis. Mientras lo hago, la placenta asoma por la vulva, y la recojo con la otra mano. Las membranas se deslizan hacia fuera, seguidas de un chorro de sangre roja y algo de sangre coagulada.

Me siento desfallecer de alivio. Ahora sí que se ha acabado. Dejo la batea en la cómoda para inspeccionar la placenta más tarde, me siento junto a Muriel y sigo masajeándole el fondo uterino durante diez minutos más, para asegurarme de que permanece duro y redondo, lo que hará que expulse cualquier coágulo de sangre residual.

En fechas más recientes, tras el parto le hubiesen administrado oxitócicos de forma rutinaria, para desencadenar enseguida vigorosas contracciones uterinas y así lograr que la placenta se alumbrara entre tres y cinco minutos después de haber nacido el bebé. ¡Los avances en ciencia médica son imparables! Pero en los años cincuenta no disponíamos de esa herramienta para facilitar el alumbramiento de la placenta.

Ahora solo queda recoger y limpiar. Mientras la señora Hawkin lava y cambia a su hija, examino la placenta. Se ve entera, y las membranas intactas. A continuación examino al bebé, que parece sano y normal. Lo baño y lo visto, con ropas ridículamente gran-

des para un recién nacido, y me fijo en la alegría y la felicidad de Muriel, su gesto plácido y relajado. Parece cansada, pienso, pero no queda en su rostro ni rastro de toda la tensión y el esfuerzo. ¡Nunca queda! Las mujeres deben de tener un mecanismo amnésico innato, alguna sustancia química u hormona que se segrega nada más terminar el parto y llega a la parte del cerebro que regula la memoria para que no quede ni un solo recuerdo del dolor atroz sufrido minutos antes. Si no fuera así, ninguna mujer se animaría a tener un segundo hijo.

Cuando todo está limpio y ordenado, se permite la entrada al orgulloso padre. Hoy en día, la mayor parte de los hombres permanece junto a sus esposas durante todo el parto y asiste al nacimiento de sus hijos. Pero se trata de una moda reciente. A lo que se me alcanza, nunca en la historia de la humanidad se había dado algo semejante. En los años cincuenta, por descontado, hubiese sido inconcebible. El parto se consideraba un asunto de mujeres. Había resistencia incluso a la presencia de los médicos (todos ellos varones hasta finales del siglo XIX), y solo cuando la obstetricia se reconoció como ciencia médica empezaron los hombres a asistir partos.

Jim es un hombre menudo y seguramente no ha cumplido aún los treinta años, pero parece más cerca de los cuarenta. Entra con sigilo en la habitación, entre avergonzado y confuso. Seguramente mi presencia lo cohíbe, pero dudo que sea un gran orador en circunstancias más favorables. «¿Todo bien, nena?», farfulla, y besa a Muriel en la mejilla. Se lo ve más pequeño incluso de lo que es al lado de aquella mujer de senos abundantes que lo aventaja en peso unos buenos treinta kilos. La piel sonrosada, recién lavada de

Muriel hace que él parezca todavía más pálido, demacrado y agotado. «Esto es el resultado de una semana laboral de sesenta horas en los muelles», me digo.

Entonces Jim mira al bebé, parece vacilar —trata a todas luces de dar con un adjetivo adecuado—, se aclara la garganta y dice: «Bueno, pues si tú estás bien, él estará estupendamente». Dicho lo cual, se marcha.

Lamento no haber podido conocer mejor a los hombres del East End. Pero era una tarea imposible. Yo pertenezco al universo femenino, al tema tabú del parto. Los hombres se muestran educados y respetuosos con las comadronas, pero no nos ofrecen jamás la menor muestra de familiaridad, y mucho menos de amistad. Hay una escisión total entre lo que se consideran tareas masculinas y femeninas. Por tanto, del mismo modo que Jane Austen no recogió jamás una conversación entre dos hombres a solas, porque como mujer que era no podía saber qué se dirían en tales circunstancias, yo no puedo contar gran cosa sobre los hombres de Poplar, más allá de la observación superficial.

Me dispongo a marcharme. Ha sido un día largo y una noche no menos larga, pero un profundo sentimiento de realización y alegría aligera mis pasos y mi corazón. Muriel y el bebé duermen cuando salgo de la habitación sin hacer ruido. Abajo, aquella buena gente vuelve a ofrecerme té, que rechazo una vez más con toda la amabilidad de la que soy capaz, con la excusa de que me esperan para desayunar en San Ramón Nonato. Dejo instrucciones para que nos llamen si tienen algún motivo de preocupación, pero les aseguro que volveré hacia el mediodía, y de nuevo al anochecer.

Había entrado en la casa de noche, bajo la lluvia. Entonces me había encontrado con un frenesí que se alimentaba de la emoción

y la expectativa, y también con la ansiedad de una mujer que se disponía a traer un niño al mundo. Ahora dejo a una familia tranquila, dormida, que alberga en su seno a una nueva alma, y salgo a la luz del sol.

Anoche recorrí las calles oscuras y desiertas, los muelles silenciosos, dejando atrás verjas cerradas, puertos vacíos. Ahora desando el camino a la luz radiante de las primeras horas del día, mientras el sol asoma por encima del río, las verjas se abren o se han abierto ya y un enjambre de hombres toma las calles, llamándose a voces. Los motores empiezan a rugir, las grúas comienzan a moverse y los camiones cruzan las inmensas verjas; reconozco los sonidos de un barco que se pone en marcha. El astillero no es lo que se dice un lugar rebosante de glamour, pero para una joven que no ha dormido más de tres horas a lo largo de una jornada laboral de veinticuatro, tras la tranquila emoción de un parto sin complicaciones y un bebé sano, es un espectáculo fascinante. Ni siquiera me siento cansada.

El puente giratorio está abierto, lo que significa que la carretera está cortada. Un gran carguero transoceánico se adentra en las aguas del muelle, lento y majestuoso. La proa y las chimeneas pasan a tan solo unos centímetros de distancia de las casas que se elevan a uno y otro lado. Mientras espero, contemplo con ojos soñadores a los prácticos y oficiales de derrota que conducen la gran nave hacia su embarcadero. Me encantaría saber cómo lo hacen. Hace falta una gran pericia que se tarda años en adquirir y se transmite de padres a hijos, o de tíos a sobrinos, por lo que cuentan. Son la élite de la zona portuaria, y los simples jornaleros los miran con el más profundo respeto.

Un barco tarda cerca de quince minutos en cruzar el puente. Eso me da tiempo para pensar. Qué extraño rumbo el que ha to-

mado mi vida: una infancia interrumpida por la guerra, un apasionado romance a la temprana edad de dieciséis años y la convicción, tres años más tarde, de que debía partir. Por razones puramente pragmáticas, elegí la enfermería. ¿Acaso lo lamento?

Un sonido agudo y penetrante me saca de mis cavilaciones, y el puente giratorio empieza a cerrarse. La carretera vuelve a estar abierta al tráfico, y los vehículos empiezan a circular. Avanzo pegada al bordillo, pues los camiones que me rodean resultan un poco intimidantes. Un hombretón con músculos de acero se quita la gorra y grita:

—¡Buenos días, enfermera!

—¡Buenas, qué día tan bonito hace! —contesto a voz en grito, y sigo pedaleando, exultante.

Motivos no me faltan: mi juventud, el aire fresco de la mañana, el embriagador ajeteo de los muelles y, por encima de todo, la incomparable satisfacción de haber asistido al parto de un bebé precioso y una madre dichosa.

¿Por qué me metí en esto? ¿Acaso lo lamento? Nunca, nunca, nunca. No cambiaría mi trabajo por nada del mundo.